

## PARA UNA RENOVACIÓN DEL SOCIALISMO

FOR A RENEWAL OF SOCIALISM

**Francisco Abril**

Universidad Nacional de Córdoba

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

franciscoabril\_2@hotmail.com

[Honneth, Axel. *La idea del socialismo. Una tentativa de actualización*. Buenos Aires: Katz, 2017.]

¿Es el socialismo un proyecto político acabado? ¿El predominio de la economía capitalista clausura la posibilidad de alternativas de organización social más libres e igualitarias? ¿O aún puede reavivarse su llama, a la vista del enorme descontento que hoy muestra gran parte de la población en distintos países? Estas son algunas de las preguntas que intenta responder Axel Honneth —director del emblemático Instituto de Investigación Social de Frankfurt— en su reciente libro *La idea del socialismo*.

Los primeros dos capítulos de su escrito son una reconstrucción conceptual del legado socialista europeo. La lista de nombres que se inscriben en ese legado es extensa y no puede dejar de incluir a Robert Owen, Henry de Saint Simon, Charles Fourier, Louis Blanc, Pierre-Joseph Proudhon y el joven Karl Marx, entre otros. Todos estos autores, de diferentes maneras y con resultados disímiles, buscaron sintetizar reflexiva y socialmente los principios de la revolución francesa en la idea general de libertad social —una libertad que rebase el individualismo y suponga en igual medida igualdad y fraternidad (41)—. Pero, según Honneth, el contexto histórico que les tocó vivir —el industrialismo del siglo XIX— restringió el alcance de esa idea a la esfera económica, impidiéndoles atender otros ámbitos a los que también debiera extenderse. Y, asimismo, les dificultó poner en tela de juicio otras formas de opresión y reificación política, cultural y afectiva.

El teórico crítico alemán sostiene que el legado socialista descansa sobre lo que denomina un “armazón anticuado” (63) compuesto por “tres suposiciones de fondo” (69): (1) que la realización de la libertad social —entendida en términos reconocitivos como complementariedad de intereses y roles— debe darse



prioritariamente en la esfera económica, habida cuenta de las enormes asimetrías que produce aquí el capitalismo; (2) que es factible identificar un sujeto o clase —el proletariado— que, habiendo cobrado conciencia de su lugar en la estructura social, catalizará un proceso de transformación revolucionaria; (3) que la historia tiene un devenir necesario y que, en virtud de determinadas contradicciones sociales y de los avances científico-técnicos, se producen cambios sustantivos en las sociedades.

Honneth, en un mismo movimiento, buscará problematizar estas suposiciones y actualizar la idea de socialismo transitando dos “sendas de renovación”. En lugar de una necesidad histórica que conduce más o menos invariablemente a una economía planificada o a una “asociación de productores libres”, de lo que se trata —en el capítulo 3— es de posibilitar lo que John Dewey llamó un “experimentalismo histórico” (107). Un proceso abierto en el que todos los afectados pueden intervenir a través de una comunicación significativa, sin obstáculos y sin restricciones. De manera que no habrá soluciones dadas de antemano ni previstas desde arriba por una vanguardia política, sino que todos participarán en el intercambio argumentativo que permitirá una “resolución inteligente de problemas” (123). “Los experimentos históricos-sociales”, escribe Honneth, “conducen a soluciones mejores, más estables [...] cuanto más integrados en la solución de los problemas estén los implicados en ellos” (126). Lejos de prometer una sociedad perfecta que irrumpa en la historia, el socialismo deberá más bien concentrarse en el ideal de una formación democrática de la voluntad. Los arreglos económicos y políticos dependerán, así, de dichos procesos, que dan lugar a la experimentación y a la toma de decisiones colectiva.

A lo que debe sumársele —en el cuarto y último capítulo— otra rectificación: el “monismo” económico que caracterizó al legado socialista ya no es sostenible en el contexto del “proceso de diferenciación funcional de las sociedades modernas” (171-175). Es menester ponderar, ahora, diferentes “esferas” o “subsistemas” (176-177) relacionados entre sí, pero independientes: la familia, la economía y la política democrática. Cada uno de estos subsistemas está atravesado por conflictos reconocitivos y en cada uno de ellos deben ensancharse los márgenes de libertad social. Si se consideran diferentes esferas sociales con dinámicas conflictivas propias, no puede afirmarse que el sujeto de transformación social sea uno —el proletariado—, sino muchos —las mujeres, las etnias excluidas, los grupos silenciados e invisibilizados, etc.—, con lo cual entra en juego aquí el respeto a la “diferencia” identitaria y cultural (173).

Una noción ampliada del socialismo debe poder precisar, asimismo, qué clase



de relación se da, no ya en las interacciones personales, sino “entre” los subsistemas sociales. Para precisar estas relaciones, debe recuperarse la analogía hegeliana de un todo “orgánico” o “armonioso” en el que se satisfagan los patrones reconocitivos específicos de cada esfera. A este todo orgánico lo llamaré “forma de vida democrática” (184), haciéndose eco de un concepto que antes propusiera Albrecht Wellmer (1996: 109): el de “eticidad democrática”. Honneth afirma que esta idea de una forma de vida democrática debiera representar hoy, para el socialismo, la “imagen de una sociedad liberada” (185); y tiene la ventaja, a diferencia de lo que sucedía con otros autores del legado, de dar cuenta de los diferentes ámbitos de la libertad social “sin abandonar por eso la esperanza de lograr un todo armónico” (185). Hablar aquí de un “todo armónico” significa “suponer un orden ensamblado de manera sensata, armónicamente estructurado, que es más que la simple suma de sus partes” (185). Es, entonces, igualmente necesario delimitar las tres esferas sociales, como así también elucidar una relación entre ellas en las que “se ayuden en reciprocidad sin imposiciones, como los órganos de un cuerpo, para la reproducción de la unidad superior, la sociedad” (185).

El legado socialista debe, en resumen, problematizar sus presupuestos compartidos básicos: el economicismo, la concepción de un sujeto político único y su filosofía teleológica de la historia. Por ello es que resulta necesario tematizar los márgenes históricos para la experimentación de distintos proyectos sociales, políticos y económicos; así como apuntar a la visión utópica de una sociedad que logre articular armoniosamente sus diferentes esferas y promover una forma de vida democrática entre sus miembros.

*La idea del socialismo* constituye, entre otras cosas, una intervención teórica y política. Un intento por dilucidar y desarrollar conceptualmente un horizonte normativo capaz de comprender y expresar el creciente descontento respecto a la situación socio-económica actual; puesto en perspectiva histórica, no es mucho el tiempo que pasó desde la primavera árabe, los indignados en España, los *occupy Wall Street*. Para ello —es decir, para reflexionar política y sociológicamente sobre ese descontento—, es que Honneth busca renovar el léxico socialista dándole lugar a términos tomados de la teoría del reconocimiento y del pragmatismo norteamericano. Renovación que, al menos en principio, y para volver a las preguntas a propósito del futuro del socialismo que formulamos al comienzo de esta reseña, podría devolverle su potencia y actualidad.

El libro cuenta, a su vez, con la virtud de una exposición clara y un lenguaje



accesible, sin por ello perder rigor argumentativo y filosófico. Lo que resulta coherente con lo sostenido en el párrafo anterior: el autor parece estar pensando en la posible lectura de todos esos grupos, movimientos sociales e individuos que hoy, con todas las vicisitudes del caso, llevan adelante luchas en torno a la diferencia, la inclusión y la libertad. Este gesto de Honneth, el de dirigirse a un público no especializado, lo acerca a autores de la teoría crítica frankfurtiana algo olvidados —Erich Fromm, por nombrar uno— y quizá lo aleja de sus miembros más críticos, como ser Adorno y Horkheimer —quienes prefirieron dejar su mensaje en una botella para los tiempos por venir.

Pese a lo dicho, no podemos pasar por alto alguno de los puntos más problemáticos de su trabajo. Una primera cuestión remite a lo siguiente: se discute la tradición socialista como si fuese monolítica, descuidando un abordaje más cuidadoso de los autores mencionados por Honneth en los capítulos 1 y 2. Un contrapunto, en este sentido, es el libro de Ángel J. Capelletti, *Etapas del pensamiento socialista*, en el que puede encontrarse —en estas latitudes— un estudio más exhaustivo sobre el tema e igualmente significativo, breve y claro. Capelletti repasa el pensamiento de cuatro autores claves del socialismo: Graco Babeuf, Henry de Saint Simon, Louis Blanc y Auguste Blanqui. La lectura detallada de un autor como Louis Blanc le hubiese resultado particularmente provechosa a Honneth en su tentativa de actualizar la idea del socialismo. En Blanc, hubiese encontrado un reformismo socialdemócrata muy similar al que él mismo propone, como también “la antigua concepción de la sociedad como un todo orgánico, en la que la salud de cada parte depende de la de todas las demás” (Cappelletti, 2007: 71), que recupera de Hegel.

Hay un punto aún más dificultoso. Podríamos decir que, en gran medida, el legado socialista representa un esfuerzo político e intelectual por comprender y superar —en sentido dialéctico— a aquello que se sitúa en sus antípodas: la dominación/explotación capitalista. La mayoría de sus categorías decantan a partir de este campo de antagonismo. El libro de Honneth adolece —y esto es algo que también señalamos en obras anteriores del autor (Abril, 2016), como ser *Reificación* (2007) y *El derecho de la libertad* (2014)— de una tematización satisfactoria de la dominación y de un análisis del capitalismo contemporáneo. Lo que más se acerca a este análisis es el artículo que el autor escribiera conjuntamente con Martin Hartmann, “Paradojas del capitalismo” (Honneth, 2009), en 2004. En el artículo, más que brindar especificaciones económicas, lo que se aborda son los efectos ideológicos del neoliberalismo y cómo se resemantizan conceptos que antes pertenecían a una tradición libertaria y que ahora se ponen al servicio del *statu quo*. De todos modos,



insistimos, Honneth debiera haber abordado estas cuestiones en su último libro — eludiendo, claro está, el economicismo—, ya que le hubiera permitido establecer un punto de contraste necesario desde el cual visitar el legado socialista. Esta vacancia expone al autor a una posición algo romántica respecto a las posibilidades reales de actualizar, en la praxis, dicho legado.

### Referencias bibliográficas

- ABRIL, Francisco. (2016). "El problema de la dominación en *El derecho de la libertad* de Axel Honneth". *Pilquen*, 19-1, 1-12.
- CAPPELLETTI, Ángel. (2007). *Etapas del pensamiento socialista*. Buenos Aires: Libros de Anarres.
- HONNETH, Axel. (2007). *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento*. Buenos Aires: Katz.
- HONNETH, Axel. (2009). *Crítica del agravio moral. Patologías de la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- HONNETH, Axel. (2014). *El derecho de la libertad*. Madrid: Katz.
- WELLMER, Albrecht. (1996). *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*. Madrid: Cátedra.

Fecha de recepción: 22 de febrero de 2018. Fecha de aceptación: 22 de mayo de 2018.